

Una vez vino un inspector de policía cuyo nombre no consigo retraer. Era un señor elegantón, alto, con la gordura de la vejez, pues tendría unos sesenta años que para entonces eran muchos. Le recuerdo vestido de gris, con terno amplio, chaleco de fantasía cruzado por brillante cadena de oro, pelo y bigote blanquecinos, bastón de color caña y andadura suelta y ágil. Era zamorano, de Toro, y parecía como si la historia de esta ciudad les diera importancia a ellos. Tenía tres hijas solteras y un jovencuelo que vestía como su padre. De las tres señoritas, por que lo parecían, solo la pequeña en edad de merecer y las otras dos ya pasadas. La mayor sufría una cojera muy ostentosa, con amplio movimiento de cadera al andar, aunque era delgada, como sus hermanas, cinturas de avispa ceñidas de charolado cinturón y peinadas casi en redondo, con depresión sobre la frente y amplios rellenos laterales de crepé. Vivían por arriba en las casas del Rus y a pesar de lo alegre y entrañable que entonces era la calle, ellas bajaban poco y se mantenían más bien en los balcones observando lo que pasaba por debajo o cruzaba por el Paseo. Les hubiera gustado casarse, pero la pequeña no lo lograba y las dos mayores se declaraban vencidas, a pesar de la facilidad que siempre presta la cualidad de recién llegadas a las poblaciones por lo que se llama la atención y obliga a fijarse en ellas.

En el otro extremo de la acera opuesta de la calle, antes de donde vivía Juan Lucas, había una fachada lisa con un balcón que se veía mucho por estar solo y en él, como planta fina y delicada en cuidada maceta que no podía lucirse a todas horas, se solía ver por las tardes, siempre sola, la gentil figura de una muñeca alcazareña llamada Dolores Toboso, que parecía colocada en sencillo balcón andaluz.

Este señor Inspector, iba mucho a la Estación, por hacer algo, como todos los policías y guardias que ha tenido Alcázar, pues el pueblo no les ha originado más preocupaciones, dicho sea en buen hora y en honor de la Villa, que las de las reuniones y meriendas diarias, de lo que fui testigo presencial en mi propia casa. Al ir a la Estación y al volver, pasaba por todos los garitos y con ese escepticismo de los viejos agachaba la cabeza y seguía su marcha. Cuando era inspector José María Gómez, que venía desde el Cristo, no agachaba la cabeza, se agachaba él por constitución nativa y porque le gustaba mirar, pero hacía la vista gorda con gestos de admiración, abriendo cada ojo como el del tuerto Jícara que se le salía del cuenco.

¿Quién vence a quién?

Madrid se unió a Alcázar por el carril de hierro y la vía abrió ancho cauce a la relación entre ambos pueblos. Pudiera creerse que Madrid invadió Alcázar, pero no, porque Alcázar tenía bien probado con anterioridad su espíritu de asimilación y lo que pasó fue que Alcázar se adueñó del espíritu madrileño, que es como una síntesis del de España y los madrileños se quedaron aquí en gran número o se llevaron por ahí a sus consortes ya que la vía es para rodar, pero llevando injertada en su alma la sangre alcazareña y cuando no, el recuerdo inolvidable que muchas veces se tradujo en retornos póstumos para tener aquí el descanso eterno. Y uno de esos casos, aunque estuviera aparte de la vía como ocupación, lo fué el de Juan Antonio Candeales o, por mejor decir, el de la hermana Pepa, madrileña castiza, barriobajera de Embajadores,